

## LA NARRATIVA DE LA ADOLESCENCIA: ¿SIGNO DE CRISIS SOCIAL?

Jesús Alberto León  
Universidad Central de Venezuela

*Piedra de mar* de Francisco Massiani, publicada en 1968, es quizá la más notoria “novela de adolescencia” venezolana. Su éxito de crítica y público fue inmediato. Balza (1985) juzga este fenómeno “un tanto extraño”, ya que “entonces la inteligencia venezolana parecía reconocerse sólo en obras que reflejaran la violencia, el ascenso y el descalabro de las guerrillas.” Y pregunta con agudeza “¿O era que un espíritu distinto ya asomaba asolapadamente y encontró en *Piedra de mar* un tono al cual acogerse?”

La pregunta indaga aquí, en esbelta síntesis, cuáles condiciones propician el recibimiento de una obra. Adopta pues el ademán de esa “estética de la recepción” (Mukarovsky, Iser, Jauss) que Verónica Jaffé (1991) ha aplicado con enjundia al relato venezolano de los años setenta. Pero habría que introducir aquí también una “estética de la producción.” Porque la de Massiani (en *Piedra de mar* y en varios relatos) no es la única narrativa que en esos años emprende la tónica angustiada y gozosa, desenfadada y melancólica de la “edad hiriente” (título de un relato sobre la adolescencia que publicó quien escribe en CAL y luego en *Apagados y violentos*.)

Al contrario, esa **temática** y esa **actitud** cunden en los sesenta. Abiertamente unas veces, bajo máscaras e insinuadas por múltiples rendijas, otras (León, Balza, Antillano, Parra.) Aún el asunto guerrillero es abordado a menudo en ese giro: un modo de explorar la dolencia y el lustre de ser adolescente. (Brittó García, León, Noguera, Alizo, Argenis Rodríguez.) Curiosamente el tema desaparece en los sesenta y los ochenta tempranos, en que exhibe una presencia residual — residuo de los setenta, podría argumentarse sin desvariar — para emerger ahora con brío en dos novelas de 1990, *Trampalurga* de José

Ramón Ortiz y *Album del insomnio* de Juan Calzadilla Arreaza, así como también en relatos recientes (Ibañez, Oropeza, Machado, Antillano, Barrera, Mata Gil, Mata, Delgado Senior).

¿Qué onda secreta brotó entonces y de nuevo ahora? ¿Cuál oculta energía? ¿Cuál inquietud radical se expresa así? ¿Qué “condiciones de producción” privilegian la perspectiva adolescente, la desgarrada visión que renuncia y busca, que rechaza al mundo pero a la vez lo anhela, que se fuga y se submerge, que corretea entre el fuego y la tragedia, entre la inconsciencia y una naciente lucidez?

Intento aquí una hipótesis: cuando la sociedad interrumpe su camino, entra en crisis, padece una inflexión, entonces surgen las dudas, los despropósitos, las ambigüedades, las preguntas, por el rumbo y por la identidad. ¿Quiénes somos, adónde vamos? ¿No es acaso ese talante conflictivo el de la adolescencia y la primera juventud? Es entonces natural que al calor de tales circunstancias —quizás con cierto retraso— fragüe una literatura interrogativa, desgarrada, problemática, irreverente, dubitativa. Ya que las estructuras sociales se arrugan, tiemblan un poco, sufren deslizamientos; otro tanto le ocurre a los valores que las legitiman. Y esa revolución se cuela hasta la literatura. No faltarán en ésta obras que se aferren a las formas consagradas, sin por ello condenar su validez estética. Ni tardarán las obras feroces, adversarias, frontales de lo establecido, aspirantes a propagar aires renovadores, sin por ello garantizar su validez. En medio de esos polos habrá lugar para asumir el desgarramiento, la nostalgia y la esperanza, la crispada ambivalencia. ¿Y qué mejor atmosfera para tramitar esa tensión que la óptica adolescente, desconfiada y ansiosa, renuente y comprometida, tierna y cruel?

En los últimos treinta años, Venezuela ha vivido dos largas crisis, dos convulsiones de distinto signo. Una transcurre en los sesenta, la otra viene de los ochenta. En el interín, una sociedad ahita se regodea en los bienes que compran los “petrodólares”: es la “Venezuela saudita” de los años setenta. En 1958 cae el dictador Pérez Jiménez e irrumpe una democracia tambaleante, que ensaya sus renuevos entre acechanzas de izquierda y derecha. El “auge de masas” que acompañó al cambio del régimen y siguió, así como el triunfo de la Revolución Cubana, ilusionaron a la izquierda. Esta apostó a la “guerra de guerrillas” y fracasó. Al cabo de una década se reintegraban los remanentes del mundillo guerrillero a los mareos de una institucionalidad democrática fortalecida. Y en 1973, el alza súbita de los precios del petróleo sume la sociedad en un facilismo descarado, en la escala hacia Miami para comprarlo todo. Pero este chapoteo en la compra-venta prentenciosa va a cesar diez años después. Los desajustes estructurales generan tensiones tectónicas en la economía, la deuda externa, acumulada alegremente, gravita ahora con fuerza y hala hasta abajo. En 1983 decae por primera vez en mucho tiempo la paridad cambiaria bolívar-dólar. Luego se va descalabrando a saltos repetidos. El bolívar se vuelve agua intrascendente que se va de las manos sin alcanzar para nada. Y una marejada

de corrupción trae su fétido oleaje y cubre todo con oscura espuma. En eso estamos. Dicen que en vías de recuperación. Ojalá fuera así.

Este esquema, casi idiota a fuerza de ser simplista, nos dejará enmarcar la idea propuesta. La cornucopia abierta de los setenta rellena el escenario de lujos y facilidades. Hay que montar la fiesta, apresurarse a comprar. No hay mucho que pensar. Quizás por eso la literatura deja de interrogar el mundo. Alicia Segal señala “esa dispersa narrativa de superficie, caótica y voluble. A imagen y semejanza del país mismo.” Los escritores se vuelcan hacia sí mismos con “solipsismo excluyente” (Verónica Jaffé.) Y lo hacen encerrándose en los muros del “yo”, o en los de la propia prosa — sumergiéndose en inacabables experimentos, a lo Trejo — o en la propia imaginación para volar a mundos fantásticos. Oscar Rodríguez Ortiz habla de “Onífrica del lirismo subjetivo” y de un realismo pesadillesco,” y también de la “ciudad catastrófica” o la “urbe utópica” como escenarios. Verónica Jaffé califica: “la antinarrativa de Trejo como reflejo de la caótica relación entre una realidad incomprensible y un sujeto incomunicado”, “lo fantástico como supuesto multiplicador de sentidos posibles de algún misterio, en la cuentística de Mata”, “la exaltada prosa poética de Jiménez Emán” o el “fragmentarismo psicologista de Ibáñez.” Y luego comprueba: “en tiempos de bonanza económica, de consumismo desatado, la cuentística venezolana se cierra sobre sí misma, reduciendo su círculo de lectores potenciales con experimentalismos y poetizaciones.”

En cambio en los sesenta estaba la mirada vuelta al mundo (y algo parecido va a pasar a avanzar los ochenta.) El hiper-realismo de Salvador Garmendia levanta las costras, se asoma a los bares y burdeles, a los velorios y las oficinas, para interrogar a los fracasados, a los “pequeños seres.” Bullen las vanguardias: primero Sardío, Tabla Redonda, El Techo de la Ballena y luego En Haa, En Letra Roja... La normalidad es puesta en tela de juicio. Se interna la guerrilla cultural. Y en medio de este hervor prende el asunto adolescente. Lo hace como Tema y/o como perspectiva. Y adopta varias modalidades: (1) Las vidas adolescentes como hilos que tejen el relato; (2) el clima juguetón y amargo de la adolescencia; (3) La mirada adolescente como óptica que juzga, acepta o rechaza; (4) El conflicto juventud — vejez como paradigma de enfrentamiento hombre — mundo.

En 1963 despunta una novela, *Al sur del ecuánil*, de Renato Rodríguez, algo deshinchada pero plena de incitaciones vitales y formales. Está construida como **collage** que aúna fragmentos escritos con técnicas dispares. La picardía y la nostalgia, el humor negro y el tono absurdo, bordan la vida móvil de un adolescente que querría ser escritor y lo va intentando en esas mismas páginas.

En 1964 aparece *Apagados y violentos*, en cuyos relatos Jesús Alberto León explora el amor, la desesperanza, el compromiso militante y el temor, la insatisfacción y la plenitud que agobian y alumbran el horizonte adolescente. Escrito con obvia “voluntad de estilo”, el libro abunda en la suntuosidad de un lenguaje que junto a sus aciertos gotea a veces manierismos y retorcimientos.

*Marzo anterior* (1965), la primera novela de José Balza, presenta como uno de sus principales ejes el conflicto juventud-adulthood. Esa pugna es refractada por la principal lente temática del autor, su obsesión por la multiplicidad psíquica. Así pues, el adolescente y el adulto coinciden, sin encontrarse en una misma persona. Logzano y Anfbal son quizás dos modos enfrentados de vivir, que se atraen y repelen. Facetas opuestas de una gema mental que da vueltas, bañada por la geométrica luminosidad del lenguaje de Balza.

En 1968 Francisco Massiani entrega *Piedra de mar*. Un mundillo juvenil descarado y perplejo, fresco y amargo, hilvanado en torno a Corcho y sus amigos. Las andanzas de estos muchachos, sus temores y ocurrencias, fracasos y aventuras, sus pequeñas hazañas y pequeñas maldades, fluyen en medido desorden. El humor y la decepción se cruzan en un serpenteo irónico, espontáneo, vital.

También en 1968 aparece *Otra memoria*, de Jesús Alberto León. La oposición **puer-senex**, como diría Francisco Rivera, gobierna aquí la acción. Cito fragmentariamente la reseña de Julio Ortega en *La contemplación y la fiesta*:

“siete relatos, centrados casi todos en la perspectiva de un hablante juvenil. Desarrollados como un aguda exploración... Obsesión central: contradecir el deterioro de un mundo asfixiante que rodea al narrador; pero este mundo — que asume las máscaras de vejez, del convencionalismo, de la cobardía o la traición — no es sólo tradicional, sino, más complejamente, uno que para vivir ha renunciado a vivir... escritura constantemente fraccionada, nerviosa y oscilante, que se quiebra a sí misma para explorar y reflexionar, para vencer con el lenguaje las opacidades de ese mundo... conciencia vertiginosa que elige, entre la ambigüedad y el desencanto, su entidad... en las opciones libres de una salud profunda, en un contacto renovado con la realidad.”

Ya en el borde entre décadas aparecen otras indagaciones de las mismas estrías del orbe juvenil. Massiani vuelve a la frescura titubeante de sus muchachos en *Las primeras hojas de la noche* (1970). Laura Antillano tiende su mirada límpida y nostálgica en *La bella época* (1969) y *La muerte del monstruo come — piedra* (1971). Carlos Noguera entrega *Historias de la calle Lincoln* (1971), novela pletórica de ademanes técnicos, de hablas diversas e invenciones múltiples, densa y poética, juguetona pero seria, que puede afiliarse sólo parcialmente a la línea que venimos examinando. Pero ¿cómo dejar de lado a Guaica, Patricia, Rodrigo, en este recuento de jóvenes que trepidan girando en el amor, la guerrilla, la incertidumbre y el desafío, los bares de Sabana Grande, la abulia y la decepción, el vértigo de las noches inacabables? Habría también que añadir aquí a Antonieta Madrid por sus *Reliquias de trapo* (1971) y *No es tiempo para rosas rojas* (1974,) y algunos relatos primerizos de Humberto Mata en *Imágenes y conductos* (1970), Sael Ibañez en *Descripción de un lugar* (1973) y José Napoleón Oropeza en la *Muerte se mueve...* (1972). Así como *Setesientas*

*palmeras...* (1974) de José Balza, ya que éste incluye siempre en sus complejas y obsesivas arquitecturas algún *leit motif* adolescente. Pero no es el propósito de este ensayo detallar las posibilidades hasta agotarlas, sino sólo ilustrar una tendencia.

Pasemos entonces a examinar el rebrote de esta tónica en los años recientes. Quizás la apertura se desliza subrepticamente en los magníficos meandros *Cartas de relación* (1982) de Antonio Lopéz Ortega o entre los tragos perplejos y la angustia múltiple de *Deberes de un ciudadano* de Luis Barrera Linares. Luego se ofrece, entreverada con otros asuntos, en un bloque de relatos que afrontan la realidad en crisis, con mirada irónica en interrogativa.

Hago una lista sin entrar en valoraciones: *Relatos de tropicalia* (1985) de Igor Delgado Senior; *Estación* (1986) de Milagros Mata Gil; *A imagen y semejanza* (1986) de Ricardo Azuaje; *El país de la primera vez* (1987) de Bárbara Piano; *Un caso delicado* (1987) de Pablo Cormenzana; *Procesos estacionarios* (1988) de Wilfredo Machado; *La noche es una estación* (1990) de Sael Ibañez; *Toro-Toro* (1991) de Humberto Mata; y *Tuna de mar* (1991) de Laura Antillano.

Pero hay dos narradores que quiero examinar con más cuidado, porque en ellos reaparece mucho del desparpajo y la frescura de Renato Rodríguez y Francisco Massiani. Me refiero a Juan Calzadilla Arreaza y José Ramón Ortiz.

Calzadilla ha construido dos textos de estructura particular: *Parálisis andante* (1988) y *Album del insomnio* (1990). Cada libro en un mosaico abierto, fragmentario pero tejido, ya que la sonoridad de cada pedazo se extiende secretamente a otros. Hay aquí un hablante — lo mismo que decía Ortega de los relatos de J. A. León — que enuncia sin cesar sus intuiciones, sus disparates, su chapoteo en el barro de la conciencia encamada y su luz desencamada.

En particular *Album del insomnio* es una “novela de adolescencia”. Como el personaje núcleo de *Al sur del ecuánil*, como Corcho en *Piedra de mar*, aquí José Ramón “quiere escribir”. Y lo hace sin parar, en papelitos que llama “pedazos”. Con óptica descarada, irreverente, un poco ruín a veces, va presentando (e indagando en) sus andanzas escolares o eróticas, sus desencuentros amorosos, su desenfado de “pelabola” (“llámase pelabolas a los que todo saben desear pero nada les es dado alcanzar... Nosotros, pelabolas, no somos pesimistas, somos más bien desesperados”). Sí, empapando el “collage” de “pedazos” mana esa desesperación de fondo, esa lenta amargura inocente: “puerta de la adultez, aún allí me aguardas, para repetir tu abertura miserable, hacerme pasar de nuevo por tu huaco sin aplazamiento. No podré desaparecerte, pero podré postergarte”. He aquí la propuesta de una salvación siquiera provisoria: la dilación de la entrada en la pomposa insalubridad moral del orden adulto. Y mientras tanto hay tiempo para la burla, para cometer aunque sea mentalmente divertidos desafueros, para dudar y volver a dudar “José Ramón ¿eres marico? ¿eres sádico? ¿eres incestuoso?”

*Trampalurga* (1990) de José Ramón Ortíz es un libro más descongestionado, de galopo ligero. *Trampalurga* es el nombre del protagonista al cual se le sigue la pista — es decir, la vida — desde la infancia hasta que aborda la adultez, sin retorcimientos ni fracturas estilísticas. El tono es suavcito. La infancia sin amargura, guiada por los ojos omnipresentes de la madre muerta, de un filósofo suburbano, inmigrante español, anarquista, que regenta una lavandería y ofrece sin cesar sus aforas e iluminaciones, mientras plancha la ropa o cuando bebe y pontifica en el bar de la italiana. Hasta que viene la adolescencia y aparecen lo giros ya conocidos: las travesuras, las maldades intrascendentes, al saborear esa cerveza brusca de la vida incipiente. Los estudios, la Renovación Universitaria, en fin, todo eso. Y se sienten reaparecer las constantes del tema: la búsqueda de la identidad y la renuncia a hundirse en las rutinas y compromisos del mundo adulto.

Así pues, este recuento apresurado indica que la esfinge ha vuelto a la narrativa venezolana, con rostro indescifrable de crisis.

Hace cincuenta años venía de las selvas y los llanos y su escriba fue Gallegos. Luego cambió de preguntas y de escribas. En los años setenta se fastidió y se fue. Ya nadie se dejaba interrogar. Querían irse a Miami. Los escribas quedaron desesperados, haciéndose sus propias preguntas, volcando en textos mínimos su asombro, inventando fantásticas esfinges sucedáneas. Ahora la Esfinge ha vuelto. Sus enigmas son múltiples, complejos. Y son de vida o muerte. Entre las atropelladas preguntas hay balbuceos que indagan quiénes somos, qué identidad nos va a pertenecer. A veces, la esfinge muestra el rostro perplejo y sensitivo de una adolescente.